

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Octubre de 1931

Núm. 80

Domingo Melfi.

DICTADURA Y MANSSEDUMBRE ⁽¹⁾

PARA mantener su predominio, un dictador favorece por turno a determinados elementos sociales: primero al pueblo, luego a la aristocracia; más tarde a la clase media. Al pueblo con algunas leyes de apariencia benéfica o con obras públicas; a la aristocracia con favores: puestos, comisiones diplomáticas, cargos decorativos, defensa de sus intereses contra un comunismo inminente. A la clase media franqueándole su entrada desbordante en la burocracia. Les paga a todos indirectamente el precio del silencio. De este modo Chile vivió en mansedumbre, cinco años. Para ganarse la sumisión de una aristocracia o de una burguesía conservadora, un dictador no tiene otro recurso que crear fantasmas demagógicos; fomentar un descontento popular aparente, un comunismo de asalto que espera su hora. Así se justifica el aparatoso derroche bélico, se ocultan las inepticias gubernativas y los despilfarros ostentosos. Los áulicos del dictador

(1) Se trata, en este ensayo, de fijar algunos aspectos morales y psicológicos de la dictadura chilena. Por eso, los nombres de los personajes que en ella intervinieron con sus actos materiales no nos interesan. Por lo demás no hay la pretensión de hacer una historia minuciosa sino un cuadro psicológico.

Ibáñez propalaron, cuando vieron la inminencia de su caída, la especie de que sin él, el comunismo era cuestión de horas en Chile. Y decir comunismo significaba el saqueo, la violación de todas las mujeres, la degollación de los inocentes y el reparto de la propiedad... Este recurso que todas las dictaduras han empleado primero, para sostenerse y luego en el borde de la bancarrota, dió entre nosotros resultados inmejorables. Hablarle de comunismo a una sociedad de raíz conservadora como esta, es ponerle los pelos de punta. El dictador no ignoraba que la aristocracia era dueña de la tierra y a fin de defenderla llegaría a transigir con su gobierno, caprichoso y arbitrario. Por tanto, tenía en su mano, a favor del miedo que es lo único que une a los hombres, una porción grande de la sociedad. Días o meses antes del advenimiento de Ibáñez al poder, Santiago vió sus calles invadidas por turbas artificiales que mostraban los puños a los ricos y que hasta intentaron algunos saqueos. Era el comienzo del terror... criollo. Los partidos apresuraron su unión, igualmente artificial, circularon listas aristocráticas y agrícolas de adhesión a la candidatura presidencial de Ibáñez y algún tiempo después, éste asumió todo el poder público. En homenaje a sus altos méritos y como una prueba de agradecimiento por haber salvado a la sociedad del peligro del comunismo, el Club de la Unión lo invitó a un banquete inmenso. Quedaba así definitivamente consagrado por la aristocracia... Entre tanto, nadie protestaba por las deportaciones o las prisiones arbitrarias.

Un país tan constitucionalista como éste asistió luego, impasible, a la destrucción de todas las disciplinas constitucionales. El derecho y la ley fueron vilmente atropellados y nadie dijo, «esta boca es mía». Detrás de Ibáñez brillaban las bayonetas y como una imagen harapienta y simbólica el comunismo aparecía car-

gado de cadenas y de improperios. Casi todos los políticos olvidaron a los creadores de la República y se apresuraron a acercarse a la mesa del festín que presidía el dictador y sus ministros. Los pocos ingenuos que dieron en la manía de protestar fueron rápidamente silenciados.

Un ministro que antes de entregarse al dictador había atravesado toda o casi toda la tormenta del régimen parlamentario y había conocido, por tanto, el secreto de los rencores que dividen a los hombres, fué castigado a uno u otro, según que el castigo satisficiera a determinadas tribus sociales chilenas. Ese ministro arbitrario no ignoraba que lo que más eficazmente mueve los intereses es la satisfacción de las venganzas. La condición humana es siempre ruín y nos alegran los dolores de los enemigos aun cuando no seamos nosotros los promotores del castigo.

Los primeros tiempos del gobierno dictatorial se caracterizaron por una serie de medidas de apariencia depuradora adoptadas en un ambiente de alta tensión dinámica. Seguramente existió el propósito de enmendar las prácticas gubernativas viciadas por el régimen parlamentario; pero a medida que corría el tiempo, la crueldad para cumplirlas era mayor y la injusticia por tanto, más ostensible. Se castigaba sin método o se reconsideraban medidas ya aplaudidas por la prensa. Hombres sin culpa fueron entregados al sambenito de la opinión que exigía víctimas para aplacarse. . . Algunos resonantes apellidos fueron marcados con estigmas y nadie dijo nada. . .

Las oligarquías sufren estas inconsecuencias: por instinto de conservación o por miedo a la fuerza o a la autoridad, no protestan cuando un gobernante que no es de su esfera, persigue a uno de sus miembros. Miran impasibles o se regocijan interiormente, de la desgracia del que antes los humilló con su riqueza o con su señorío político. . . Porque Chile es

un país de tribus que se mueven guerra unas a otras, en sus jefes y luchan por apoderarse del gobierno. Es la historia política de Chile, la historia de las oligarquías agrícolas; pero es también la historia de las tribus sociales y de los clanes de familias. Ya en 1850, un vecino de Talca le escribía a don Antonio Varas lo siguiente: «El *círculo* Cruz buscó no ha mucho al *círculo* Donoso para proponerle unión, que no tuvo lugar». Eran los días de la preparación de la candidatura de Montt a la presidencia. Y así hemos venido rodando.

LA COMPLICIDAD

Ciertamente, el país se siente o se sintió orgulloso de su obra de reintegración civil, nacida con los sucesos del 26 de Julio de 1931. El militarismo fué barrido del gobierno. Quizá fuera mejor decir un «clan» militar, encarnado en la voluntad de un hombre mediocre. En torno a ese hombre, el azar, la ambición, el designio tortuoso de una camarilla, la simple complicidad del medio social, crearon una serie de factores que desencadenaron fenómenos morales y económicos de extrema gravedad y de los que el país tardará mucho tiempo en curarse. El Ejército acompañó desde el primer momento al dictador y se mantuvo unido en torno de él. La oficialidad exigía la depuración de todos los servicios públicos y esa labor empezó a cumplirse como hemos visto. Más tarde, en medio de los errores, la unión se mantuvo por espíritu de cuerpo, aun cuando gran parte de la oficialidad no comulgaba con los procedimientos irritantes y abusivos del dictador y sus áulicos que hicieron tabla rasa de la ley y de las garantías humanas.

Quizá el hecho mismo de apoderarse del gobierno no tenga mayor importancia. Una asonada, un cuartelazo, un tumulto de gente armada, podría fácilmente

te llegar hasta el palacio presidencial, dominar o asesinar a la guardia, apresar a los ministros e imponerse por la audacia. Pero todo eso no sería un gobierno. A lo sumo, un malón organizado. En cambio, la pasividad del medio para tolerar el encimamiento de un hombre al que la sociedad juzga insolvente, si que es peligroso. Si esa asonada, cuartelazo o motín, cuenta para prosperar con la complicidad y el silencio del ambiente el fenómeno se vuelve moralmente siniestro.

La pasividad para tolerar a un dictador durante casi cinco años, demuestra que no existía en absoluto, en el instante del advenimiento del militarismo una sociedad fuertemente estructurada por la moral cívica. Faltaba la concepción rigurosa del deber civil, el sentido de la función legal como expresión de gobierno, la energía rebelde y no obstante, firme, que permite llegar hasta el sacrificio por una doctrina constitucional, la grandeza espiritual necesaria para defender el principio de la libertad. Cada hombre tenía seguramente una moral o se la creaba a su antojo según su naturaleza y conforme a las circunstancias. En la confusión todos se volvieron traficantes y cada cual contempló sus propios intereses. En Chile la dignidad civil estaba entregada a los hombres públicos. Eran ellos los depositarios de eso que se denomina un «tesoro sagrado». Hemos visto para bochorno de las generaciones jóvenes cómo desde Septiembre de 1924 se invirtieron los caudales de ese tesoro...

Muchos hombres públicos han protestado ahora de la acusación de haber sido cómplices directos o indirectos de las ambiciones del dictador. Es este un exceso de escrupulosidad histórica. No se puede tomar en cuenta esa protesta postrera, puesto que no existe la protesta anterior al encimamiento de la tiranía. Si callaron entonces, cuando el deber les imponía hablar alto y recio, puesto que eran hombres

públicos, jefes de partidos o de grupos electorales, mal pueden justificarse ahora que el mal está cumplido con la mansedumbre y el silencio de la gran mayoría. Diciéndose herederos o continuadores de los principios constitucionales que se supone deben ser sagrados en los hombres públicos, no trepidaron en amparar y tolerar su quebrantamiento y su ruina. Esto prueba que se movían exclusivamente por intereses de inferior cuantía material. Lo importante, lo urgente, era cambiar una combinación política por otra y para ello buscaron todos los recursos fuera de la constitución, hasta dar de manos a boca, con el militarismo.

El silencio fué la característica de nuestra vida social y política, en el quinquenio tiránico. Un país que había levantado su voz estridente en el período 1918-1924, que se había echado a la calle ebrio de regocijo y de esperanza, calló de pronto, sumiso y acobardado. Se sentía sin duda tímido y débil. Quizá, sin esa conciencia moral que permite a los pueblos levantarse de sobre sus propias y míseras derrotas... Acababa de surgir el mando... Otra vez el «peso de la noche». Otra vez el caballazo, única forma de autoridad con la que era posible gobernar este amasijo de sensaciones y de caprichos. En el interior los hombres hacían crujir sus arterias rebeldes. Ya en la calle se sometían al destino... Las esquinas se llenaban de murmuradores; las plazas rebosaban de gente descontenta. Pero nadie alzaba la voz. Muchos lo habían querido así... y ahora la realidad los aplastaba con su carga y con su yugo... Grupos compactos corrían hacia la Moneda... hacia la pitanza, olvidados de todo, de la libertad, de la dignidad, de la rebeldía. Es curioso que el dictador que tenía escasa cultura y que carecía de la visión del gobernante, se diera cuenta de que el silencio y la mansedumbre iban a convertirse en los mejores aliados de su desastroso gobierno. Para Zapiola, en 1830, era un dogma esta mansedumbre pro-

verbal de los chilenos... Pero entonces cien años de vida republicana no habían bastado para libertarnos de ese conformismo funesto que puede ser en la apariencia instinto de orden, pero que en ningún caso, dignifica a un pueblo que lo sufre?

UN PEQUEÑO BALANCE.

Veamos en todo caso, como la inconsecuencia civil pedía el mando, es decir, el caballazo, sin medir los duros resultados futuros. A comienzos de 1924, las revistas ilustradas de la capital publicaron caricaturas y dibujos alegóricos cuyas leyendas pedían para el país un *Primo de Rivera*. «Lo que aquí hace falta—decían—es un *Primo de Rivera*». Cuando el General Altamirano se apoderó del mando, turbas de irresponsables lo aclamaron en las calles al grito de: «Viva el Primo Rivera chileno»... Como carecían de dignidad civil no comprendieron que lo que aclamaban en ese momento era el comienzo de la tiranía. Por lo demás, esos grupos representaban la oposición al gobierno civil de Alessandri. Altamirano simbolizaba la reacción oligárquica y conservadora; el desquite de una casta social que había sido desposeída del gobierno por el impulso revolucionario, de tendencia popular que representaban Alessandri y sus partidarios. Recuérdese que las oligarquías conservadoras, que no pueden transigir con los gobiernos populares, obligadas a abandonar el poder que han manejado durante siglos, no se resignan jamás a esa pérdida. En muchos casos sus represiones son violentas; pero en los países de conformismo y de mansedumbre, los métodos de recaptación del poder, asumen formas oscuras y sutiles, propagandas tenaces y sabias, programas de oposición cuyo tono sube lentamente hasta adquirir un acento de áspera y enconada violencia.

La revolución pacífica del año 20 hace comprender

mejor la reacción conservadora del año 24, destruída a su vez por el golpe revolucionario liberal del 23 de Enero de 1925 el cual fué malogrado más tarde en su idealidad por la dictadura de Ibáñez. El período 20-24 es la crisis transitoria del parlamento. El ejecutivo no es más que un prisionero de los grupos parlamentarios, cuya prepotencia impide gobernar. Un portero de Intendencia o un oficial de Registro Civil, bastan para derribar un gabinete. Un diputado con influencia en los bandos electorales es más poderoso que el Presidente. Los jefecitos políticos dividen a las mayorías, según sus intereses personales. Los partidos están anarquizados, fragmentados. Se han llenado de traficantes, de tráfugas, de gente servil, vénal, abyecta. No hay para estos otra consigna que el vientre. Las voces altas que señalan el camino del peligro, son prontamente acalladas por la parlería hueca. El Senado que es el reducto de la oligarquía conservadora inicia una oposición violenta; pero a despecho de ella se logra avanzar en la legislación social hasta un límite no conocido. Las leyes relativamente audaces de hoy son el producto de esa etapa política. Los parlamentos anteriores a ese período, tan entregados como este a la componenda y al griterío, viven en paz o favorecidos por el silencio de la opinión que aun duerme. Ese silencio permite la complicidad y el libre desenvolvimiento a los grandes gestores que nadie acusa. La legislación avanza en carreta de dos ruedas. Tan lentamente avanza que al tocar en 1911, en el gobierno de Barros Luco, una conspiración militar contra el parlamento, inicia el primer gesto que culminará en 1924. Pero la opinión está entonces tan muerta o es tan insensible que no alcanza a darse cuenta del hecho... En 1924 todos los intereses sociales y económicos están en pugna con la evolución social: la oligarquía, las industrias, la iglesia, la clase media enriquecida a la que el impulso del año 20 ha

dado una conciencia de que antes carecía. Está ciega como siempre, en su pasividad, en ese equilibrio que la condena a tender los brazos hacia lo alto sin poder zafar los pies del origen... Cuando la espada de Altamirano brilla en el hemiciclo de las cámaras, se produce de nuevo el silencio. Esta vez, pesado, denso, cobarde, oleoso. Un silencio de fuga, de afrenta, de bochorno. El silencio de la materia a la que no puede galvanizar ni un solo latido ideal, ni una sola brizna de conciencia cívica. Toda la masa está igual, lo mismo la aristocracia que la democracia, sumida en el marasmo, en la inercia, en la torpeza del sueño digestivo. Primo de Rivera ha hecho escuela y la imitación que es condición indo-española, en los vicios más que en las virtudes, empuja al país maniatado a la ciénaga de la dictadura en donde va a chapotear, cinco años con la complicidad y el silencio de la mayoría: pueblo, clase media, aristocracia... Salvo protestas aisladas, el país se somete al crimen constitucional. No se yergue, no toma posiciones. No se revela. Le dan un molde y en él encaja. Cree que el bullicio parlamentario que es la exuberancia irreflexiva de un conglomerado político que llega en cuerpo al parlamento, es la ruina del país... Por todas partes se cree ver fantasmas: el comunismo, la revuelta. Es decir, la influencia de la post-guerra sobre América; el término del letargo de la masas populares, galvanizadas por una racha nueva. Sin embargo, la insensibilidad de la opinión había concurrido a tomar ese congreso y era tal la insensibilidad que antes no le importó que el parlamento fuera todo de una casta social y después que lo fuera de todas las castas. Para esa opinión no existían los vicios del régimen, las anomalías y los órganos inservibles que hubieran podido cambiarse o modificarse. El recrudescimiento del sentido de crítica de la opinión, que es una de las características de ese período, crea formidables descontentos. Las frac-

ciones conservadoras y plutocráticas y las fracciones políticas personalistas, de tendencia aristocrática, supieron aprovechar los gérmenes del descontento, en beneficio propio y colaboraron en la preparación del pronunciamiento militar que andando el tiempo, debía por la fatalidad de los hechos históricos, convertirse en tiranía y volverse contra los mismos que la habían ayudado a generarse.

TOLERANCIA Y SERVILISMO.

Pero hay todavía más, en treinta años de desborde parlamentario. La moral política oportunista que sirvió de base a nuestra vida social y económica, creó la tolerancia y el servilismo en las pasiones. Tolerancia para las culpas del bando triunfante, intolerancia para las realidades del bando vencido. A su vez, cuando cambiaba la tabla de los valores políticos, se cambiaban las tolerancias y las intolerancias y el juego modificaba poco, a poco, la estructura de la colectividad. De este fluir y refluir de las intemperancias y de los rencores políticos, de las ambiciones y de la deslealtad, surgió una generación escéptica, amargada, impotente, vencida por la corrupción. Una generación que pasó de prisa o saltó la madurez y fué a caer en el borde de la ciénaga. Como no teníamos sino ideales utilitarios, por delante y una fe incierta y confusa que no podíamos apoyar en nada concreto, puesto que cambiaba constantemente el panorama de la vida política, según que la acción del dinero en los comicios electorales fuera intensa o débil quedamos en medio del camino, ciegos y desorientados. Los horizontes se poblaban de estridencias y de angustias y como carecíamos del don de la reflexión—olvido criminal de la escuela—que es el signo poderoso de la vida interior, descubrimos que el materialismo era lo único que podía mitigar nuestro desaliento. Habíamos crecido y nos ha-

bíamos educado en el espectáculo de los grupos que mudaban de opinión y de doctrina. Al día siguiente de los triunfos electorales, muchos vencidos de la víspera, corrían a cobijarse, con torpe inconsciencia, bajo las tiendas que habían atacado en la jornada anterior. Buscaban la tibieza del oportunismo, el marasmo de la complicidad y de la tolerancia. Los odios se mantenían ocultos, con el arma al brazo y cuando de nuevo las luchas encendían las pasiones, los mismos grupos de otra época, regresaban salmodiando el *mea culpa*, al campo que habían abandonado. Familias enteras participaban en este trasvasijamiento y trasladaban amontonados sus odios y sus miserias. Las tribus se aliaban o se combatían, según los intereses del clan. A veces reflataban viejos rencores de familia; odios que trepaban desde los osarios olvidados y se plantaban vivos en el presente, sacudido por la renovación superficial de las ideas políticas. En muchas ocasiones, el secreto de las combinaciones y descomposiciones de los cuadros políticos se encuentra en el fondo de antiguas pasiones, que se transmiten en silencio, de padres a hijos. No es extraño que en países de estructura conservadora, los «muertos maten a los vivos» o los «muertos mandén»...

LOS PRIMEROS SIGNOS.

En el momento de la aparición de Ibáñez todo o casi todo el poder político en Chile, se encontraba en ruinas. La corta dictadura militar de Altamirano, demostró que no había energía civil, puesto que muchos políticos y juristas de los llamados «hombres públicos» defensores de la Constitución, llegaron sudorosos y emocionados a inclinarse a los pies del dictador. Lo habían arrojado todo por la borda, y buscaban el regazo tibio. Tuvo un mérito Altamirano; el de dejarse combatir. Pero es que carecía de astucia y temía a una porción de la oficialidad del Ejército que lo

amenazaba con pedirle cuenta estrecha de sus actos. Por su parte la oligarquía triunfante no creyó del caso restringir con demasiada estrictez la libertad de prensa. Pensaba quizá hacerlo más adelante, cuando la máquina administrativa estuviera montada. Todo eso falló cuatro meses más tarde, con el golpe del 23 de Enero.

En cambio Ibáñez cerró de inmediato todas las puertas de salida. Algo había aprendido antes de apoderarse del mando él, o los que lo acompañaban. El hecho es que sobrepasó en astucia al otro. Liquidó rápidamente a los oficiales indóciles que lo habían ayudado a subir; halagó a unos, infló a otros, golpeó en la sombra a los pocos políticos rebeldes que se le oponían; se valió de otros, venales, para anarquizar los restos de partidos que subsistían después del derrumbe del 5 de Septiembre, llamó andando el tiempo, a los moralmente irresponsables para que le ayudaran a sembrar la discordia y el terror; con unas cuantas medidas rápidas y depuradoras, crueles e injustas, muchas de ellas, ensayadas desde los primeros momentos, se dió aires de regenerador y de moralista, deslumbró a las masas ignorantes y logró en poco tiempo hacerse dueño de la situación. Además ¿no había sido encimado por todos? ¿No habían concurrido casi todos a su exaltación? Unos por instinto de conservación, otros por satisfacer venganzas y la mayoría para evitar represalias, colaboraron o se entregaron a él. Por perspicacia o por lo que sea, comprendió que había que proceder rápidamente en el primer tiempo y así lo hizo, con el aplauso de gran parte de la opinión. Chile es un país que teme a la autoridad, cualquiera que ella sea. Es, además, un país ávido de contemplar sanciones. Nunca se han ejercitado contra los delincuentes políticos, contra los magistrados corrompidos, contra los maestros alcohólicos y tabernarios o que viven amancebados, contra los hombres en fin, que gozan

de alguna influencia social o política y pueden por tanto, quedar impunes. Nunca la opinión sabe a que atenerse, respecto de la conducta de los hombres públicos, pues la prensa prefiere callar. En este punto, las sanciones justas o injustas que aplicó el gobierno en el primer tiempo, hicieron profunda impresión en la opinión, especialmente en provincia. También es cierto que sirvieron para mostrar el alma versátil y cruel de la masa social.

Ibáñez fué ensalzado hasta el ditirambo irreflexivo, para ser, en la caída, destrozado hasta lo minucioso. Cuando mantenía el poder, contra todos, valiéndose de las peores armas, le cantaban loas. Cuando fué expulsado del gobierno, mostraron su verdadera personalidad. No hay sentido de las proporciones. Se fabrican héroes y hombres públicos a la medida de los intereses en juego. Genios de un día. Cerebros harapientos pasan a ser potencias políticas o financieras o literarias. Y las avellanas se convierten en montañas. La opinión nunca sabe a que atenerse; por lo mismo se levantan mediocridades a la categoría de hombres públicos que al igual de los globos de goma, el más leve pinchazo desinfla y deja convertidos en ridículos hollejos. . . La dictadura humilló la dignidad humana del chileno y destrozó las instituciones. Sin embargo, la prensa callaba. La dictadura despilfarró la mayor parte de los dineros públicos y el país soportaba en mansedumbre, la afrenta de que le arrancaran a pedazos sus miserables vestiduras. Estaba ya desnudo y continuaba en silencio. La piel comenzaba a caérsele a pedazos y persistía en su inercia estúpida. La lección es dura, cruel, bochornosa; pero es preciso aprovecharla.

POLITICA Y SOCIEDAD.

Los partidos políticos que son los instrumentos de que se vale la opinión para sentirse dignificada, clau-

dicaron en un silencio y una pasividad turbios. Con ellos claudicó la sociedad entera; el poder judicial, las cámaras, la prensa, los maestros. Con el espejuelo del comunismo, Ibáñez ganó la frontera aristocrática y la de la clase media enriquecida que aspira a confundirse con la aristocracia. Esa clase media se mantuvo insensible, enteramente materializada y con los ojos puestos en la clase superior. La oligarquía no dió un solo grito de rebeldía durante la dictadura. Se dice que ha fundado la república. Pero el hecho es que no supo defenderla de la voracidad del gobierno de fuerza. Que uno u otro miembro de ella hayan protestado individualmente, carece de importancia. Estaba entregada a sus placeres egoístas y eso le bastaba.

Las sociedades ávidas de placer, preocupadas únicamente del goce físico, no se conmueven con los gobiernos de fuerza. Les basta sentirse seguras en sus intereses. Cuando las realidades económicas, brutales, se levantan para indicarles que ha sonado la hora del peligro, entonces reaccionan. Históricamente una dictadura militar, propende al placer y a la anarquía moral. Si opera sobre un país en crisis política y moral, le es más fácil mantenerse porque al mismo tiempo que oprime con impuestos a todo el pueblo, amparada en el orden policial y encadenado el derecho de crítica y de fiscalización, contrata empréstitos ingentes que los derrocha a manos llenas a fin de crear una atmósfera de bienestar que se traduce en obras públicas fastuosas y en formidables burocracias magníficamente rentadas. La verdadera víctima de todas las dictaduras, es siempre el pueblo, la masa pobre, los grupos de la clase media desamparada, pequeños empleados, que gimen bajo la general abyección moral que lo envilece todo, desde el obrero acobardado por la tiranía hasta el hombre de mayor cultura el cual debe moverse entre intrigas y delaciones. Una legión de parásitos pulula diariamente en torno al gobernante; le-

gión abyecta, que vive del dinero fiscal y lo derrocha en estúpidas orgías. El período de Ibáñez se caracteriza por una exasperación del goce físico. Parecía un país de estupenda riqueza, pero todo se hacía con dinero ajeno que hoy es necesario pagar. Es decir que esta sociedad que guardó silencio durante cinco años, está obligada a cargar con las culpas de un gobierno que carecía de autoridad moral.

Porque en todas las revoluciones históricas concurren a provocarlas, dos factores: uno ideal que persigue la depuración y con ello la moralidad de sus servidores y otro material que si no encuentra un poderoso freno moral, acaba por ahogarlo en medio de una ola de abuso y de sensualismo. El primero puede subsistir un tiempo, pero el segundo lo aplasta luego, con la creación de un gran cuadro burocrático, civil y militar. Fué sin duda, nuestro caso. Para mantener el principio, eliminados los pocos hombres libres y peligrosos, se creó un ejército de empleados de todas las clases sociales, con grandes sueldos, que al mismo tiempo que mejoraron su condición económica se convirtieron en sostenedores incondicionales del régimen. Y surgió así, una pequeña oligarquía burocrática, entre el subir y bajar de los altos personajes que el dictador atraía o eliminaba según la resistencia o la fuerza de las intrigas palaciegas. Hombres astutos y atrevidos se treparon en medio de la confusión, manteniendo una prepotencia desorbitada en el gobierno. Al amparo de esta oligarquía burocrática se formó una red apretada de negocios, cuyo centro lo constituían las obras públicas que se emprendían y los grandes y nuevos organismos que se creaban en medio de gastos fabulosos y de deudas enormes contraídos para calmar la fiebre de goce de los sostenedores del régimen.

En las burocracias parasitarias del tipo de la que creó la dictadura chilena, surgió, además, un comercio de

lujo que se desinfló en cuanto las finanzas dieron de bruces con la espantable realidad económica. Con los grandes sueldos que eran lo corriente, aparecieron innumerables casas de artículos suntuarios que hoy están amenazadas de quiebra, puesto que desaparecieron los sueldos que le daban vida. Automóviles suntuosos y pieles riquísimas constituían la decoración de la dictadura. Pero no se pagaban o se pagaban tarde. Grandes rascacielos ordenados por la demencia de los áulicos, quedaron sin terminar como una muestra del vacío moral de sus propulsores. Mientras la casta social de los nuevos ricos creados por la dictadura y para los cuales no existía la norma de una función administrativa o política, puesto que todo estaba supeditado a la mayor o menor cantidad de metálico de que se disponía, gozaba de la vida y del favor del gobierno, otra casta oscura y miserable, sin deseos satisfechos, sin serenidad para juzgar a causa del hambre, sin más ética que el pesimismo y el descontento, vibraba sordamente en el subsuelo social. Esa era la casta del grillete, la casta que se acusaba de comunista y disolvente y sobre la que cruzaban y volvían a cruzar, los automóviles de los nuevos ricos y de los burócratas, mezclados con los de la oligarquía indiferente. La prostitución arreciaba asimismo. Porque las dictaduras la fomentan, puesto que el aumento del lujo sin grandes sacrificios para adquirirlo da origen a la emulación que a su vez se obstina por alcanzar el mismo resultado de las favoritas a costa de la dignidad y de los últimos escrúpulos.

Pero ¿quienes formaban la clase directora de la dictadura?

Aristócratas ociosos y derrochadores que se entregaron a ella por un obscuro instinto de conservación, comerciantes y contratistas sin escrúpulos que se enriquecieron a costa del Estado; negociantes o industriales que lucraron al amparo de las influencias; hacen-

distas que especularon con la hacienda pública; altos burócratas que percibían grandes sueldos y que utilizaron su influencia para proteger a sus favoritos o correligionarios; políticos del régimen parlamentario, jefes de partidos o caciques que lo abandonaron todo a fin de gozar de la tibieza del gobierno, sin importarles un ardite la doctrina o los principios; bandas de políticos venales que flotan en todos los gobiernos y entre los cuales se reclutan agentes o gestores menudos cuyas ramificaciones alcanzan hasta las más distantes provincias; vividores convertidos en periodistas o periodistas sin cultura; maestros sin dignidad moral, hambrientos de popularidad o de dinero. Y luego una legión de espías y delatores que fué reclutada en todas las clases sociales, pues el espionaje debía extender sus tentáculos viscosos lo mismo a los salones aristocráticos que a los tugurios sórdidos; a las instituciones armadas como a las oficinas públicas, a los colegios y universidades como a las cantinas y casas de prostitución. En todo sitio, en fin, en donde el hombre busca la compañía de sus semejantes o la ilusión del olvido...

ENVILECIMIENTO.

Sólo al precio del envilecimiento de un país puede mantenerse algunos años una dictadura desorientada. Los desastres económicos que provoca son al fin y al cabo, pasajeros. Los organismos funcionales de la economía de un Estado se reintegran lentamente a sus virtudes específicas, los resortes vuelven a su centro y el individuo o las sociedades acaban por adaptarse a nuevas e imperiosas formas de subsistencia. La capacidad de sacrificio para afrontar pruebas duras, es siempre fuerte en las sociedades. En cambio los males que derivan de la depresión del espíritu y de la descomposición moral, cruzan largos estadios de las

generaciones hacia el futuro, imprimen en ellas el cansancio y el pesimismo, la duda roedora, el desequilibrio interior, la sordidez de pensamiento, la bajeza en las pasiones y ciegan la visión para las grandes empresas de la inteligencia. Una generación educada en la sospecha que es el espionaje, en el servilismo y en la delación, constituye el más espantoso de los males. Es la muerte lenta del espíritu, el olvido de los deberes, el desprecio por el sacrificio que es la voluntad del heroísmo para no naufragar y por lo tanto, grandeza en las adversidades. Es preciso no olvidar que las dictaduras entran a saco en la vida privada, y lo que es más innoble llegan hasta a quebrantar lo que de más puro existe en las relaciones de los individuos; la amistad. Una dictadura lo descompone todo, lo deprime todo. Quiebra la voluntad de los hombres, los envilece, los convierte en instrumentos activos o pasivos de las ambiciones de un grupo. Les ordena mentir y mienten; les ordena violar y violan; les ordena matar y matan. Insensiblemente los individuos se conforman, se adaptan a todas las situaciones, aun a las más abyectas. Llegan a no discernir la justicia de la injusticia y terminan por creer en su propia mentira.

En un estado eminentemente policial como era el nuestro, hasta hace poco, en un estado de fuerza, todos recelaban de todos. Huíamos de las confidencias, sospechábamos de todo sentimiento, estábamos siempre en guardia, torvos y desconfiados. El espionaje había sido erigido en sistema; las amistades más viejas se destruían y hasta en el amor, la presión infecta dejaba su huella vergonzosa. Parecía que las ideas se pudrían antes de convertirse en palabras, y, en ocasiones, las miradas más insignificantes cobraban un relieve singular. Toda la masa vivía con la conciencia de una catástrofe próxima. ¿Cuándo acabará esto?... se preguntaban desde hacía tiempo, los

ojos desconocidos que se reconocían en la desgracia, los pensamientos invisibles de los que cruzaban por las calles sus existencias desorientadas. El país vivía sobre el equívoco y la mentira. Las vidas más puras estaban a merced de los odios o de las antipatías de los sicarios de la dictadura. Nadie podía pronunciar una palabra libre. Nadie tenía seguridad en el mañana. A nadie le era permitido creer en los afectos. Cuando en un grupo alguien pronunciaba una palabra audaz, todos volvían la cabeza temerosos, como si adivinaran la existencia de un peligro. Temían por ellos y por el atrevido. A veces en las comidas más íntimas caían bruscos silencios de expectación. La atmósfera se helaba, los pensamientos se escurrían solapados, al modo de reptiles. Huían del peligro, pues las casas estaban también infestadas de espías y delatores. Hombres y mujeres que tenían un nombre que respetar, rodaron complacidos por el fango que les ofreció la dictadura. Se convirtieron en espías de sus amigos y amigas, por una mísera soldada.

Para prolongar por un tiempo su insolvencia moral e intelectual, el gobierno dictatorial hubo de recurrir a los más absurdos expedientes, gastando sumas ingentes del presupuesto fiscal a fin de mantener a esa legión, que al modo de las hormigas que suben y bajan por un tronco carcomido, pululababa a lo largo del país. Suprimido y aherrojados todos los derechos, encadenada la prensa, corrompidos por el servilismo y el adulo todos los poderes funcionales del país, acobardados los hombres por las prisiones, destierros y flagelaciones que se cumplían al capricho de los instrumentos de la dictadura, le fué fácil al gobierno abandonar todo escrúpulo y buscar a los más dóciles para su colaboración. En ningún período de nuestra historia, un gobierno encimó mayor número de medianías y se burló con más saña de la mansa opinión. Recuérdese como una muestra, entre otras, la burda co-

media del atentado del puente Maipo que sirvió para ejercitar crueles represalias contra los enemigos del régimen y para entonar la moral vacilante de muchos de los partidarios del gobierno que empezaban ya a dudar. . . Un escritor ruso—Herzen—ha escrito de un periodo de la vida rusa, lo siguiente que es el retrato de nuestro ambiente social, en los días de la dictadura: «Reinaba un ambiente de inercia y de silencio; todo era irresponsable, inhumano, desesperante y extraordinariamente prosaico, estúpido y superficial. Cuando se buscaba la simpatía, se encontraba siempre una amenaza de lacayo, el pavor, la incomprensión y el disgusto, y a veces, hasta la ofensa».

AUTORIDAD MORAL

Era nuestro caso. El abandono de la cultura y de la sensibilidad trajo todos estos desmanes morales. Sobre un estado económico en desorden, un eclipse moral de duración angustiosa. Los pueblos se miden por su grandeza cívica y espiritual. El gobierno dictatorial mantenía una apariencia de orden, pero había vejado y ultrajado la dignidad humana. Era orden policial no orden moral. Para mantenerlo necesitaba de la fuerza, de deportaciones y flagelaciones. Imponía silencio y quietud a palos o a culatazos. Un Estado que olvida la ley es una torrentera de apetitos. Por lo mismo buscaba las medianías y amordazaba la oposición. Porque la voracidad no puede tolerar las formas legales. Recuérdese la caída de Roma, consumida por una burocracia anónima y parasitaria que sostenía a los emperadores absolutistas. Cuando éstos desconocieron la majestad del Senado que era la ley, sobrevino el comienzo del cataclismo. Entre nosotros una moral acomodaticia, variaba según la temperatura fisiológica. Puede, sin duda, pensarse que la descomposición económica del mundo europeo, influyó en

parte sobre nuestra economía. Pero las causas interiores eran más profundas y corrompían el organismo social. La administración de los caudales públicos fué desastrosa y un materialismo agudo constituyó la calidad del régimen. No hay una sola empresa grande de cultura o de espiritualidad que oponga un freno o una compensación al desorbitado sensualismo de ese período. El trazo de obras públicas costosas y suntuarias, halagaba la pupila de los ambiciosos, pero en el orden espiritual, nada se elevaba para demostrar que existía un principio orgánico de cultura o de selección moral. Existía sí, la ley del más audaz y la ley de la intriga. A las funciones administrativas no iban, a menudo, los más capacitados sino los más dóciles, no los más austeros, sino los más aptos para el equívoco y la doblez. De esta suerte, mientras la apariencia sugería la impresión del orden, el subsuelo estaba lleno de tremedales y peligros. Por lo demás es este el mal de las dictaduras, lo mismo en las de hoy que en las de ayer: desprecio del sentimiento fundamental de la dignidad humana; anarquía moral, envilecimiento de los espíritus, jerarquías caprichosas que irritan el sentimiento de justicia latente aún en los pueblos más sumisos. No hay en la tierra un pueblo que pueda obedecer a un gobierno que carece de autoridad moral. Y la autoridad moral está hecha de respeto, de equilibrio interior, de lazos misteriosos que unen al que obedece y al que manda; derecho mágico en el que no se siente la presión sino la armonía. Stuart Mill, escribió hace tiempo estas palabras dignas de meditación constante:

«El valor de un Estado es a la larga el valor de los individuos que lo componen; y un Estado que prefiere a la elevación y a la expansión intelectual de éstos, un remedo de habilidad administrativa en el detalle de los negocios; un Estado que achica a los hombres a fin de que puedan ser en sus manos dóciles instru-

mentos de sus proyectos—aun siendo benéficos—bien pronto se dará cuenta de que no pueden hacerse grandes cosas con hombres pequeños; y que la perfección del mecanismo a la que ha sacrificado todo acabará por no servirle de nada, falto del poder vital que le plugo proscribir para facilitar las funciones de la máquina gubernamental.»

EL MOMENTO.

Las horas álgidas y decisivas que precedieron al 26 de Julio encontraron a la dictadura, vacía, flácida, agotada. Había sonado la hora tantas veces vaticinada por los observadores de nuestro meridiano político y económico. Estaba ya perdido el control y ni aun la fuerza, que constituye el único sostén de estos regímenes, habría podido torcer el camino fatal. No podía remontarse el curso del tiempo para corregir los errores innumerables, ni era posible inspirar confianza y menos hacer volver a las arcas los caudales derrochados. Ya la parte laboriosa e intelectual de la sociedad había levantado la cabeza de la larga humillación; el país entero, aunque tímido todavía, se había puesto de pie y el pueblo se aprestaba para sentir el estímulo que supone la sanción contra los que han burlado las leyes y la confianza pública y han malgastado el patrimonio que pertenece a todos los ciudadanos. Y así en medio de la demencia sanguinaria que es el último latido de todas las dictaduras, se desplomó sobre sí misma. Entre la noche y el alba de un día luminoso, ganó apresuradamente la frontera. Detrás de ella quedaban el desorden, la miseria harapienta de miles de hombres, el descontento, la ruina moral; una deuda monstruosa para la capacidad financiera del país, un fermento oscuro y latente de fuerzas contradictorias, la confusión administrativa, la ilegalidad erigida en ley, y la voluntad intermitente de un pueblo para exigir sanciones.

El carácter chileno olvida fácilmente las experiencias por duras que sean. Se recobra a la mañana siguiente de las hecatombes, amanece como el ebrio que ha derrochado su dinero y el de los amigos, la noche anterior en alegres orgías y se promete una vida futura de arrepentimiento. Y a la tarde suele volver al sitio de la francachela como si nada hubiera ocurrido. . . . Pero la larga prueba fué dolorosa en extremo. No debe olvidarse con la experiencia de los últimos años, que la violencia que una clase quiere ejercer sobre otra, rebota, por una ley universal aun no desmentida, sobre ella misma, al modo de una servidumbre o de una abyección que todo lo descompone. Han caducado los partidos o han envejecido. Su renovación es imperiosa. Porque no hay únicamente una desorientación política en el fondo de esta etapa que empezamos a vivir; hay también una desorientación del espíritu, producida por el choque de dos culturas. Tanto como decir, conflicto entre el hombre abstracto y el hombre real. Un fenómeno existe de profundidad temerosa y acerca del que nunca será vano insistir: y es que las dictaduras no son propicias al desenvolvimiento de la cultura. Son en cambio, fértiles en sorpresas, porque acumulan bajo la presión material y el orden rígido, fuerzas nuevas que esperan su hora. Los instrumentos de captación de la vieja cultura, han hecho crisis, porque son incapaces de sentir o de ver los elementos vivos de una época que las necesidades económicas y los rudos análisis sociales, incorporan en la vida de un pueblo. Como ha expresado un pensador, la cultura está hecha para la vida real y no puede desprenderse de ella, puesto que no es el patrimonio exclusivo de la «élite» que la ha creado, sino un bien común. Su función consiste en dar al tono y mantener erguida la fuerza de los valores sociales. En la misma ansiedad e inquietud del hombre joven existe una censura amarga contra la vieja cultura tradicional que no le pro-

porciona los elementos necesarios para penetrar en la transformación audaz del tiempo presente. Suponer que la cultura sirve tan sólo para las veleidades espirituales o para mecer la nostalgia brumosa de algunos eclécticos, es pensar con prescindencia de la realidad. Este mismo aspecto negativo de la cultura, que según el orden nuevo, debe ser seguridad, comprensión, estímulo para perseguir un tipo de humanidad depurada y energía para dominar los fenómenos cotidianos y establecer relaciones estrechas con los sucesos que sobrevienen bruscamente, lo encontramos en las direcciones políticas. Chile presenta hoy el cuadro de un país políticamente desorientado. En cada sector de la colectividad hay un grupo que aspira a tener en su mano el sentido de la realidad social. Pero muchos de ellos, la mayoría, no representan sino supervivencias de viejas ideologías doctrinarias, en crisis o en falencia, aun no remozadas por la dura realidad de los hechos.

La desorganización de nuestro panorama político y las vacilaciones y aun el salto atrás que se advierte en sus hombres más representativos, proviene de un estado de temor frente a la realidad económica y social. En literatura existe un fenómeno semejante, en el escritor que ha quedado atrás en la evolución y que se siente tímido y acobardado con el pensamiento y la energía conceptual de los nuevos caminos estéticos. Finge despreciarlos. De ordinario es incomprensión o ignorancia. La realidad franquea su secreto o su intimidad a todo el que se atreva a encararla con el corazón dispuesto y firme. Los fenómenos sociales tienen su mecánica y su ética. Después de una dictadura, todo queda en desorden y en ruinas. Pero no queda todo como antes ni puede volverse al punto de partida, puesto que el camino de las ideas es siempre misterioso. Puede parecer que conservan la forma, pero en su avance inexorable saben adaptarse

con plasticidad maravillosa a las exigencias del minuto que atraviesan. Y en la visión del minuto que es proyección hacia el futuro, descansa la obra verdadera y eficaz de los políticos.

Al materialismo sin grandeza, del período pasado, hay que procurar la exaltación de un período de reconstrucción espiritual que dignifique la personalidad humana. Chile es un país irónico y descontentadizo. Su burla es inmóvil y penetrante. Siempre quiere nivelar y desconoce los méritos. Su espíritu crítico es negativo; tiene mala memoria y su desconfianza cazurra hiela los mejores intentos. Hay por delante una tarea ineludible de afirmación, de saneamiento, de revaluación de las posibilidades y excelencias de que está llena nuestra raza.